

## XXXV

Ilmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona.

(Secular.)

Yucateco, natural de la ciudad de Izamal. Fué Coadjutor del anterior por gracia de S. S. el Sr. León XIII otorgada en 1884, y sucedió como Obispo propio, al fallecimiento del coadyuvado, en 15 de Febrero del año de 1887. Escribió este "Cuadro Cronológico," estudiando la vida de sus santos Predecesores, para animar la propia debilidad con los ejemplos más útiles, sacados de las cuatro centurias que forman la historia de este Obispado; y lo dedica al Ilmo. y Revmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Pelagio A. de Labastida y Dávalos, en obsequiosa demostración de fraternal afecto, con motivo de su Jubileo Sacerdotal en el presente año.

Mérida de Yucatán, 1889.

LAUS DEO.

La longevidad es ya de por sí una bendición de Dios, máxime si hay deberes que cumplir, si hay séres que crecen á nuestro amparo, y que viven de nuestra vida. Raudal perenne de bienes, alegrías y consuelos es para la familia la larga vida de un padre; ¡con cuánta mayor razón debe serlo para la grey católica mexicana la prolongada existencia del más tierno y cariñoso de los padres; del más solícito y celoso de los Pastores! Tocóle, es cierto, en días de prueba empuñar el timón de la nave de la Iglesia de México: los elementos todos parecían haberse conjurado contra ella; rudos fueron los embates de la tormenta; pero con el Favor Divino, sigue tranquila é inalterable el rumbo que Dios le tiene trazado para llegar á puerto seguro. ¡Dulces lágrimas las que arrancó un día el dolor! ¡Gratos serán los amargos recuerdos del pasado para el insigne Levita que celebra este año su jubileo sacerdotal; para el que ocupa con general aplauso la Sede más importante de la Iglesia mexicana, si el don de alcanzar la senectud le ha sido concedido por Dios para dejar sellada la paz religiosa de que tanto necesita nuestra patria infortunada!

G. MENDIZÁBAL.

Orizaba, Agosto 28 de 1889.

El Sacerdocio Católico constituye una paternidad santa, adquirida por el sacrificio hasta de los afectos más legítimos del corazón humano, sostenida por el ejercicio de las virtudes más heroicas y hecha fecunda por obras de misericordia y de perdón.

Esta paternidad casi divina, dilata su benéfica influencia á proporción que se asciende en la escala de la gerarquía eclesiástica, hasta llegar al Jefe Supremo de la Iglesia, á quien, empleando una expresión tan tierna como llena de sentido, llamamos *Padre común de los fieles*.

Las manifestaciones de veneración y de amor que el pueblo mexicano tributa á sus Obispos, no son solamente el homenaje debido á las virtudes de los altos personajes á quienes van dirigidas, sino también indicio cierto de que el Catolicismo vive y vivirá en México, como ha vivido y vivirá en el mundo entero.

Su asombrosa vitalidad se revela en nuestros días por la unión tanto más íntima cuanto es más espontánea, de los fieles con sus Pastores; por el vigor con que resiste los ataques de sus injustos enemigos; por las admirables obras de caridad que practica, y por la sublime abnegación que inspira á esos intrépidos campeones de la Fe, que, á costa de su vida, van á propagar la luz del Evangelio y los beneficios de la civilización hasta las regiones más apartadas de la tierra.

Los que llevamos con gloria y con amor el nombre de católicos, celebramos en esta ocasión el aniversario de aquel día solemne en que por virtud de místicos desposorios del Sacerdote con la Iglesia,

nos adoptó Aquel como sus hijos por obra de ardiente caridad. Con el fervor que la piedad filial inspira, pedimos al cielo que derrame sus bendiciones sobre el Prelado Ilustre á quien apellidamos *Padre*, para que siendo fructuosa su enseñanza, participemos todos por la Fe y por las Obras, de la plenitud de vida de la Iglesia Universal, para bien de la Religión y felicidad de nuestra Patria.

Orizaba, Agosto de 1889.

S. MORENO.

## ODA.

¡Dichosa vez primera  
 En que ante el Ara jubiloso fuiste  
 Lleno de fe sincera  
 Y por el mundo triste  
 La Redentora Víctima ofreciste!  
 Al Padre Soberano  
 La Hostia un ángel llevó con ráudo vuelo:  
 ¿Por qué insondable arcano  
 Tornó á dejar el cielo  
 Y del *sublime altar* bajó á este suelo?  
 Su regia vestidura  
 Más blanca que la nieve aparecía;  
 Y de su frente pura  
 La luz que despedía  
 Ofuscó á la del sol del Mediodía.  
 Llega: y en aquel templo  
 Testigo fiel de tu abundoso llanto  
 De fe y amor ejemplo,  
 Con voz de dulce encanto  
 Así interrumpe el religioso canto:  
 —“Envidia y regocijo  
 Del ángel es tu dignidad preclara,  
 Enviado del Dios-Hijo!  
 ¿Qué gloria te es avara?  
 ¿Cuál poder con el tuyo se compara?

"Un día tu realeza  
 Verá felice plenitud; conjunto  
 De heróica fortaleza,  
 De admiración asunto,  
 Y de cristianos mártires trasunto.  
 "Tu debil mano hoy tiene  
 De ciencia y paz, de amor y poderío  
 A la fuente perenne,  
 Al que pobló el vacío  
 De esos mundos que rige su albedrío.  
 "Cuando en tu sien unguida  
 Doble corona relucir se vea,  
 La vida de tu vida  
 Tan santo ejemplar sea;  
 Seguirle, tu apostólica tarea.  
 "En Él cífralo todo,  
 Predilecto custodio del Santuario!  
 Por inefable modo,  
 En largo tiempo y vario,  
 Su Thabor hallarás y su Calvario.  
 "Ve, no temas, te guía  
 Limpia y hermosa y coruscante Estrella  
 Que ora en la mar bravía  
 Del mundo, que regó Ella  
 Con llanto amargo de inextinta huella:  
 "Ora por el desierto  
 En que viene á cerrar la noche oscura  
 Del hombre el paso incierto,  
 Será la lumbre pura  
 Que te muestre la senda más segura."—

.....  
 De entonces, Padre mío,  
 Tu vida fué mansísima corriente  
 De caudaloso río;  
 Y en su cristal luciente  
 Reflejó el sol de caridad ardiente.  
 En márgenes floridas  
 Convirtió los antiguos arenales;

No yerbas corrompidas  
 Dieron los eriales,  
 Sino flores y frutos inmortales.  
 Contémplos el alma  
 Y bendice al Señor que te sostiene  
 Como á la añosa palma  
 A cuya sombra viene  
 Todo el que en Dios sus esperanzas tiene.  
 Allí de tus ovejas  
 Lamentables tristísimos balidos  
 Tú de escuchar no dejas,  
 Que hieren tus oidos  
 Y te arrancan hondísimos gemidos.  
 Y eres luz á la ciencia,  
 Dique al error, á la virtud amparo,  
 Iris á la conciencia,  
 Y luminoso faro  
 Al bien, oh gran Pastor, que te es tan caro.  
 ¡Roca firme, que opones  
 Tu frente á las soberbias tempestades,  
 Salud! y tras los dones  
 Que el Dios de las edades  
 Te alarga en sus designios y bondades;  
 Te otorgue, Padre amado,  
 Diligente Pastor, el don postrero  
 Unico y suspirado,  
 El premio verdadero  
 En las eternas Nupcias del Cordero!

T. R. CÓRDOBA.

## POESÍA.

“Sea la luz” y fué. Divino acento  
Pronunció la palabra, y al oirla  
La luz que no era, sonrió al momento.  
Y de la tierra al cielo se adelanta,  
Pura, brillante, y el espacio encierra,  
Y viendo que huye el caos que se espanta  
A besar fué del Creador la planta  
Y á jugar vino al orbe de la Tierra.

Y luceros y soles á millares  
Inundan con sus luces el espacio;  
Unos brillan azules cual los mares,  
Otros dorados son como topacios;  
Y bajando las ondas luminosas  
Formando mil cambiantes diferentes  
Se trenzan á las aguas de las fuentes  
O esplenden en el cáliz de las rosas.

La luz su rayos amorosa lanza,  
Y vertiendo placer, pinta las flores,  
Y de la tempestad tras los horrores  
Ella dibuja el íris de esperanza.  
¿En dónde la tiniebla que importuna  
Pretende ahogar sus claros reverberos?  
¿Dónde la sombra que al no ser se aduna?  
Si muere el sol, enciéndese la luna,  
Sin la luna se encienden los luceros.

Perezosa reclinase en el prado,  
 Trueca en sol cada gota de rocío  
 Y en mil cada ola en el cristal quebrado.  
 De sitio retirado  
 Se extiende misteriosa en el sombrío.  
 Se hace blanca en el hielo  
 De las montañas; flava, de las rosas  
 En el fino y rizado terciopelo;  
 Azul en las *myosotis* primorosas  
 Y más azul en el nocturno velo;  
 Y si lo quiere, se alza allá en su cuna  
 El arco-iris blanquísimo de luna,  
 O la aurora boreal incendia al cielo.

¡La luz! es el placer, es la alegría,  
 Es la que dice al bien que el bien existe;  
 La sombra siempre es triste;  
 Amor se forma con la luz del día.

Pero amar es saber. ¿Por qué se asombra  
 Hoy el mortal si su ignorar renueva?  
 ¿Por qué hoy el hombre que el pecado lleva,  
 Por qué busca la luz entre la sombra?  
 Siempre la libertad tiende al abismo;  
 Y de Adán en la prole desgraciada  
 La luz de la verdad que le fué dada  
 Se trocó en el horror del paganismo.

¡Qué dioses se forjaron  
 Los que el Parnaso cual poetas premia!  
 ¡Qué dioses adoraron  
 El Foro, el Partenón y la Academia!  
 Se adoraron los crímenes monstruosos:  
 Aristides el justo,  
 Sócrates y Platón, son más virtuosos  
 Que su dios más augusto.  
 De Moloch el altar rojo fulgura  
 Ya por las llamas, ya por sangre luego;

A sus hijos el padre arroja al fuego  
 Y hiere el sacerdote á la hermosura.  
 Belphegor reina. Tiene á su servicio  
 Lo más feo del vicio,  
 Y Príapo, el que domina en los jardines  
 Y el adúltero Júpiter tonante,  
 Señalan desde el cielo y desde el huerto  
 A los hombres culpables rumbo cierto.  
 Ese es el caos; la tiniebla densa  
 Envuelve al pensamiento,  
 Y la extensión inmensa  
 Al mal, que niega al ser, sirve de asiento.  
 Ese es el caos. En tiniebla hundidos  
 Los errores que viven un momento  
 En vaguedad perdidos,  
 Oyen de la razón los pareceres,  
 Y brotan, á su impulso, confundidos  
 Gérmenes incompletos de los seres.

Todo en cielos y tierra se halla impuro,  
 Sentimiento y razón todo es manchado,  
 ¡Oh, qué bien le es á Baco ya embriagado  
 La adoración imbécil de Epicuro!

Sea la luz, y fué. Divino acento  
 Pronunció la palabra, y al oírla  
 La luz que no era sonrió al momento,  
 El hombre se elevó sobre sí mismo,  
 Y del Calvario en el eterno asiento  
 Brilló el bien, el amor, ¡el Cristianismo!

Fué la luz. Entre glorias inmortales  
 Estableció benéfica su solio;  
 Encadenó á los males  
 Con el acento de la fe sencilla,  
 Y ante Jesús doblaron la rodilla  
 El Foro, el Partenón y el Capitolio.

La humanidad en el amor se abisma  
Y amor es luz.

Los soles de la ciencia  
Alumbran su razón y su conciencia  
Y elevada se ve sobre sí misma.  
Hay aurora, no hay noche. Luce el día;  
Huyen Sileno y Venus impudentes,  
Y ocupa los altares refulgentes  
La bellísima imagen de María.  
El paganismo se redujo á escombros,  
No el placer como dios es adorado;  
Es un Dios azotado,  
Dios que lleva la cruz sobre los hombros.

Lloran bajo las bóvedas del templo  
Ojos hermosos que al placer llamaban;  
Dan de virtud ejemplo  
Quienes ayer al deshonor llamaban.  
Las que antes coronábanse de rosas,  
Contritas y llorosas  
Su antigua culpa con el llanto lavan.  
Y es tanta la bondad que el alma encierra  
Del Redentor que destruyó la muerte,  
Que es más un pecador que se convierte  
Que reunidos los justos de la tierra.

Y vírgenes se reúnen á porfía  
(Cosa inaudita) y mártires sin cuento;  
Es que la humanidad, que al fin vivía,  
Más que al placer amaba al sufrimiento;  
Es que se ha hecho la luz del medio día.

El Dios que sufre, Dios de los dolores  
La humanidad al sufrimiento lleva  
Dulce verdad antigua y siempre nueva;  
El sufrir aquilata los amores.

¡Amar á un Dios! A un Dios enamorado  
Que con amor sin fin paga el cariño,  
Que por hacerse amar se vuelve niño  
Y que se hace Hostia para verse amado.

Y él vive, y él impera, y es el solo  
A quien amando el Cristianismo adora;  
Así do muere el sol como en la aurora  
Y en las planicies del helado polo.  
Amor es Agustín; Tomás, la ciencia;  
Paúl es caridad, del pobre amigo,  
Misionero es Javier; lleva consigo  
El derecho inmortal de la conciencia.  
El Cristianismo al Universo abarca  
Y América es la tierra de María.  
¡Ya es la luz! Y la luz del medio día  
Cual centro halló del Pescador la Barca.

Satán rugió; mirándose vencido  
Su orgullo sin igual que nada doma,  
Que ni á Dios se ha rendido,  
Llora al verse en su sede sustituido  
En sus reinos fortísimos en Roma.  
Allí su altar; allí cual sin segundo  
Dios y rey, su esperanza vió colmada;  
Allí con el altar y con la espada  
Dominó á todo el mundo.

Y hoy Roma es el testigo  
De que el poder de Satanás ha muerto.  
Su altar está desierto  
Y en todo el mundo reina su enemigo.  
Contempla en su tristeza  
Por odio su memoria circuida  
Y reina de los pueblos bendecida  
La que pisó, triunfante, su cabeza.  
Y ruge de furor.

Y las pasiones